

EL URUGUAY ILUSTRADO

REVISTA QUINCENAL

AÑO II

MONTEVIDEO, 15 DE ABRIL DE 1899

NÚM. 14

SUMARIOS

Texto: — LA PRENSA ASOCIADA, por la Dirección. — LAS PEÑAS DE LA CRUZ, por Julián O. Miranda. — ¡Á ELLA! (poesía), por Andrés A. Demarchi. — CABEZAS DE MODA: LEÓN XIII JUZGADO POR UNA ESCRITORA SOCIALISTA, por Mme. Severine. — LA GUERRA INTELLECTUAL, por Rodrigo Soriano. — NUESTROS GRABADOS. — MEMORIAS DEL CONDE DE CAYO-REY (continuación), por José M. Blanch Codoñer. — MUNDANAS.

Ilustraciones: — D. FAUSTO ORTEGA. — EL OBELISCO DE PUNTA GORDA. — CORONEL JUAN M. VILLAR — EL HERVIDERO Y LA MESETA DE ARTIGAS. — ARROYO DEL CUARÓ GRANDE. — VISTAS DE LA FORTALEZA DEL CERRO. — ESTUDIO INFANTIL.

lidad, de bondad y de derecho. Nos ha parecido que el iris de la patria augura buen tiempo, el término de la tormenta, al menos, y que su diáfano cielo está efectivamente sin celajes.

Y entonces, si la política infausta entró en el período regular y en tal también se encuentra y se arraiga el *buen gobierno*, ese pan espiritual tan apetecido de los pueblos que sufren hambre de justicia, nada más justo y loable, decimos, que tratar un asunto de sí simpático y loable, y que, en verdad, apasiona.

Que habrá quien sostenga ideas contrarias, no lo dudamos, desde que las hubo contra el Evangelio; pero así y todo, sabido es que la luz se *hace* precisamente con la discusión.

Que nosotros no podremos con nuestro juboncillo de caballero, sostener reñida brega en el palenque duro; no nos inquieta la duda,

pues que sabemos que no habrá retador sin reto aceptado, ni guantelete osado que llegue al suelo. Á nuestras espaldas hay lanzones, y hay corazas y . . . hay cascos de caballeros.

Efectivamente, es, en verdad, cosa increíble que en una ciudad, sede y capital de un país tan culto y tan



Fausto Ortega, insigne grabador



LA PRENSA

ASOCIADA

CON cuánto placer veríamos debatir y desarrollar este tópico en la prensa diaria, que es motor que alienta más fuego, más presión y más fuerza reguladora que la que puede alentar un periódico de la naturaleza del nuestro, extraño, por su índole, á todo asunto que provoque polémica!

Pero, tan loable nos ha parecido el asunto y tanto nos apasiona el tema, que no hemos vacilado en ponerle sobre el tapete á raíz de esta nuestra llamada regeneración política, de esta positiva era de tranqui-



sociable como el Uruguay, no exista una prensa asociada, con ser ésta numerosa y muy selecta.

De ahí que, á carencia de vinculación y unión estrecha de los miembros de aquel instituto entre sí, — cosas éstas tan necesarias como lo son al movimiento de propulsión las ruedas dentadas, los músculos al organismo animal y los anillos á la cadena eslabonada, — no existe tampoco solidaridad en el grupo, ni base de estabilidad moral en el concepto.

En la coasociación existe la fuerza; las unidades sin grupos y los grupos sin unión, son meras burbujas, aquéllas, en las revueltas aguas de las corrientes sociales; son las otras, especie de pavesa del fuego de las pasiones; la lucha del doctrinarismo de Abelardo entre el *nominalismo* y la *realidad*, entre lo aparente y lo positivo.

Y difícilmente se encontrará otro gremio intelectual más necesitado de unión y de asociación, consiguientemente, que el que constituyen esas partículas de nuestro engrane social, que en su denominación colectiva se llama prensa.

Ella, que es y constituye el motor de nuestra vida política; ella, que forma el baluarte de los principios, que es el portavoz de las máximas buenas, de las ideas que regeneran, de las virtudes que purifican, de las doctrinas evangélicas; que eleva el pensamiento á las regiones ignotas de Dios y á las investigables de la ciencia; que es fuerza potente, avasalladora, que derriba y que construye, que aniquila y que crea, que tritura y que tala, como también que cultiva y bruñe y pule la excoriación de la burda idea, que es fuerza prepotente que avasalla al vicio y que domina á la misma *fuerza*, luz y antorcha, en fin, que alumbra y que fulgura al través de la densa capa del obscurantismo, sobre la escabrosidad del negro y árido camino de la noche de los tiempos. . . . Y así como un cuerpo no puede subsistir sin alma, así la de la sociedad regularizada es la prensa, el motor del pensamiento, la inmortalidad en esencia.

ELLA, sí, ella es la que debe dar el ejemplo de la vida práctica en su moral interna.

Para ello no hay como la asociación, donde se conozcan y se vean esas unidades que diseminadas forman el conjunto de una fuerza que, aún sin táctica ni organización, es potente y le tiemblan, desde los arlequines del mandarín, engreídos y soberbios, hasta el mismo déspota liberticida.

¡Cuál no sería y cuál no *fuera* de nosotros si en los tiempos de la tarea ruda hubiera estado organizada, la prensa, para la lucha, sin la esterilidad de la desunión por falta de coacción. . . . y por esto mismo con menos exceso de tibieza!



¡Qué de ejemplos prácticos nos sugiere la idea que desarrollamos!

Por lo demás, he aquí someramente descritos los puntos del tema:

La asociación en cuestión puede ser de orden político-social dentro de un régimen regular, y buen estatuto; de carácter recreativo—moral y hasta de mutuo socorro.

En estos tres puntos esenciales tiene causal de acción; y, como defensora de la libertad del pensamiento, hace ya tiempo que hubiera destruido el sistema opresor que ha abatido al patrio suelo por tiempo indefinido.

De gran eficacia hubiera sido que, ante la avilantez de los liberticidas, hubiera nuestra prensa, al no poder luchar, arriado su bandera y *retirado sus fuerzas*.

¡Imposible que no cedieran los déspotas ante tan ruda amenaza!

Los factores de la opresión, ya no son hoy lo que en los pasados tiempos. También ellos necesitan para su vida *moral* el oxígeno de la vitalidad intelectual. Y ceden, siempre ceden, cuando no degradan y envilecen al factor, que con constancia paciente y virtud, pudo ir aniquilando sus vidas.

Ejemplos prácticos citáramos de reciente época, de la en que se reprodujo la escena más descollante de la historia Cesárea Romana, que demuestran lo que vale y sugestiona la prensa, pero esto fuera hacer política y salirse del programa. Queremos estar en carácter. Pero así y todo, diremos como cierto déspota del norte europeo:

«*No vale el poder y eficacia de los soldados de carne, lo que esos inmóviles soldados de ALUMINIO Y PLOMO.*»

Se refería á los entes tipográficos.

Y fuera de esa gran misión política, también pudiera tener la necesaria social, en sus funciones de recreo. Compuesta la prensa de elementos cultos é ilustrados, serían, un círculo, casino ó club, que establecerse pudiera, alimento nutritivo para el alma y para esparcimiento del cuerpo y del entendimiento.

Otra de sus grandes funciones fuera la cooperativa mutua entre sus coasociados y familias.

Nunca en más oportuna ocasión que en la actual época, en que se ven morir de agobios y miseria, elementos conspicuos, que son ó fueron de la prensa militante.

Y viven penando y mueren maldiciendo á esa sociedad de cuyas instituciones fueron égida.

Y mueren, sí, mueren, repetimos, de hambre, y no tienen, al morir, ni un apologista incipiente siquiera que relate sus méritos, ni el duro epitafio que perdura la memoria del genial muerto.

¿Se quieren ejemplos de lo que decimos? Recientes los tenemos.

Pues bien: en este caso aboguemos con justicia por la asociación de un gremio que debe ser ejemplaridad de cultura y de buenas formas.

Además, que en *la unión está la fuerza!*

Mucho de utilidad común y de moralidad positiva, que no hemos mencionado, podría abarcar la citada asociación.

No sería el menos importante de los citados el evitar esa piratería literaria de que hacen gala algunas *empresas de publicación*, y decimos empresas, porque no creemos que ningún periodista que se estime pueda, á conciencia, arrebatarle á un colega el producto de su ingenio, sin decir al menos: «ésta es la pluma del grajo con que me visto á diario.»

Sabido es, por lo demás, que la prensa, en su mayor parte, no representa otra cosa que las ideas de su propietario, no todas las veces periodista ni todas las veces sensato

Y el mercantilismo desapareciera, una vez que los periodistas, los apóstoles de la idea hecha carne, contaran sus fuerzas y aunaran sus comunes sentimientos

La superioridad en la prensa, debe ser del intelecto, no de la especulación ni del cálculo; del alma y del sentimiento, no del mecanismo-materia.



Escritas estas líneas, recordamos que hay, en efecto, una comisión ó cosa así, que debe formular los estatutos de basamento para una denominada *Asociación de la Prensa*.

Hasta recordamos que en aquélla figuran elementos muy conspicuos y personas muy amigas nuestras.

E PUR NON SI MUOVE! Pues, por *eso* es que hemos escrito *esto*.

Ahora, allá ellos. Nosotros no hemos hecho sino plantear lo que aún es problema.



LAS PEÑAS DE LA CRUZ

LEYENDA HISTÓRICA

I

En el camino nacional que va de Florida al Durazno, y en la cumbre de la cuchilla que, desprendiéndose de la *Grande inferior* que cruza de Este á Oeste el Departamento de Florida, va á terminar en la confluencia del Arroyo Pintado con el Santa Lucía chico, existen dos grandes moles graníticas, conocidas con el nombre de *Las peñas de la cruz*.

En la parte superior de una de ellas, hay una tosca cruz de madera, que se conserva desde hace muchísimos años, á despecho de los huracanes que azotan la alta cuchilla, desgajando añosos árboles y derribando seculares ombúes, y de las lluvias que horadan las rocas y cambian la naturaleza física del suelo, abriendo profundas zanjas, que se convierten en cenagosas cañadas y en correntosos arroyuelos.

Ese signo del cristianismo da nombre á las peñas, á la cuchilla que hemos mencionado, á la Estación y al pueblo que se levantan á unos cinco kilómetros de distancia, y al arroyo que tiene su nacimiento en las faldas de la Cuchilla Grande y va á derramar el caudal de sus aguas en el Santa Lucía chico, después de fertilizar una extensa comarca.

Más de una vez, en las tardes del cálido Enero, nos hemos detenido á descansar á la sombra protectora de aquellas peñas, y, en la soledad que nos rodeaba, hemos tratado de penetrar el misterio que envolvía aquel signo de la redención, colocado en tan desierto lugar, y nos forjamos mil historias, á cual más extravagante, dejando vagar á la *loca de la casa*, por las regiones de la fantasía.

En una de nuestras excursiones por aquellos parajes, nos encontramos con un antiguo vecino de la localidad, quien, con esa franqueza que es tan general en nuestra campaña, entabló en seguida cordial conversación con nosotros, mientras nuestros caballos seguían, á trote lento, el camino que conduce á la Florida, que era el término de nuestro viaje.

Aquel anciano era un hacendado que tenía su estancia lindando con el cercano arroyo de *La Cruz*, que desde la cuchilla señala su existencia por la faja verde oscura de los árboles que rodean sus orillas y se desarrollan en caprichosa curva por el extenso valle.

Era nuestro compañero de viaje un antiguo morador de la comarca, donde había nacido, sintiendo en sus primeros años el clamoreo de la guerra de la segunda década del presente siglo, y de las luchas legendarias del año 25.

Recordaba que, siendo niño, había abandonado con sus mayores el suelo querido de la patria, entregando al fuego el rancho de totora, para huir del contacto con el invasor lusitano, y seguir las banderas de Artigas hasta el lejano *Ayuí*, en un éxodo tan espontáneo y general, que sólo tiene ejemplo en los tiempos bíblicos.

Por la costa del arroyo *La Cruz*, y pasando por la vecina picada, había visto el ejército de Lavalleja, la víspera del 12 de Octubre de 1825, y se había incorporado á las filas de los libres, para ir á conquistar glorioso laurel en la famosa jornada del Sarandí; y, evocando las pasadas glorias de la patria, el viejo guerrero hacía revivir ante nuestra memoria toda una epopeya, á la que, joven, había asistido, y que todavía con su recuerdo reanimaba, en la ancianidad, sus gastadas fuerzas en la lucha por la vida.

Nuestro reciente amigo había rejuvenecido al llamar á su memoria los recuerdos del pasado; y desfilaron ante nuestra vista, el inmortal José Gervasio Artigas, portaestandarte de las ideas republicanas en el Río de la Plata, *protector de los pueblos libres*, de mirada altiva y escudriñadora, presidiendo, con su aspecto severo y melancólico, el éxodo del año 12, inaugurando el Congreso de 1813, y luchando, como el gallo Vercingetórix, por la libertad de su pueblo, en la desastrosa campaña contra el portugués invasor.



Obelisco de Punta Gorda

Lavalleja, que, bajo su casaca de general, ocultaba á medias al infatigable guerrillero de 1811 á 1818, al ordenar la memorable carga de Sarandí á la voz de *carabina á la espalda y sable en mano*.

Rivera, alto y fornido, con el aspecto grave que le daban los años y la posesión del mando superior, pero sereno en el peligro, rindiendo en la costa del Sarandí al regimiento de Alencastre, y obligando á echarse á nado, en las aguas del histórico arroyo, á los últimos dispersos del ejército imperial.

Laguna, batallador incansable de nuestras luchas homéricas, agregando una página más en su larga y meritoria carrera en pro de la libertad é independencia de su patria.

Oribe, ordenando, con voz nerviosa y seca, la carga final á sus bravos dragones, y entreverándose personalmente en la pelea.

Latorre, el heroico y modesto soldado del Catalán y Tacuarembó, acaudillando el regimiento de Dragones de la Unión.

Zufriategui, militar de escuela, valiente y entendido en la pelea, maniobrando con sus escuadrones, como en un día de parada, entre las balas y el fragor de la lucha.

Olivera, el prestigioso caudillo de Maldonado, con sus bravos gauchos, afilando los sables para ir á recoger nuevos lauros en el memorable asalto de Santa Teresa; y cientos y cientos de héroes, conocidos unos, y otros, olvidados, colaboradores anónimos en la obra grandiosa de salvar á un pueblo y redimirlo del cautiverio.

II

La compañía de aquel viejo cronista de nuestra pasada historia, nos hizo recordar la curiosidad tanto tiempo alimentada, por conocer la tradición de la cruz colocada sobre las peñas del camino.

Lo interrogamos al respecto, y su contestación no se hizo esperar, explicándola así:

En la costa del Pintado vivía en los primeros años de este siglo, un estanciero, hijo del país, llamado don Melchor Cabrera.

Cuando, el año 1811, Artigas se puso al frente del movimiento revolucionario de la Banda Oriental, Cabrera, como la casi totalidad de nuestros paisanos, corrió á engrosar las filas del caudillo que encarnaba la idea de la independencia del suelo nativo.

Su prestigio en el *pago* le permitió presentarse acompañado de unos sesenta voluntarios, motivo por el cual fué reconocido en el grado de capitán.

En tal carácter asistió á la batalla de las Piedras y á los principales combates librados hasta 1815 en la campaña oriental.

Terminada la lucha con el reconocimiento de la autonomía de la Provincia, arrancado con la victoria de Guayabos á la política centralista del gobierno porteño, el capitán Cabrera se retiró con sus bravos compañeros, colgando las armas y dedicándose de nuevo á las pacíficas tareas del campo.

La campaña había sido fecunda, y nuestro capitán, á la vez que combatía por la patria, se conquistaba numerosas simpatías, por su conducta valerosa y su trato afectuoso con los soldados.

Entre los jóvenes que acompañaron al capitán Cabrera, se distinguía un gallardo oficial, natural de la costa de Santa Lucía, que, casi niño, se había alistado en las filas libertadoras, y que por su arrojo y bravura se retiraba con el grado de teniente al concluir la campaña.

Era éste el teniente Francisco Alborno, predilecto del caudillo que mandaba los voluntarios del Pintado, y por quien Cabrera había sentido la más viva simpatía, hasta terminar en un cariño casi paternal.

Alborno correspondía á esos sentimientos con un respeto y una profunda estimación hacia su jefe.

De aquí nacieron otros vínculos más estrechos. El capitán tenía una hija, que, á la vez que había heredado las prendas personales de belleza y bondad de su ya finada madre, sentía latir su corazón con vehemencia, como la mayoría de las mujeres orientales de aquella época, cuando se trataba de la patria y de la libertad.

El teniente Albornoz conoció íntimamente á Andrea Cabrera, y los corazones de ambos jóvenes latieron al unísono, agitados por dos sublimes sentimientos: *el amor y la patria*.

Se había fijado el enlace de Albornoz y Andrea para dentro de un plazo muy cercano, cuando un acontecimiento imprevisto vino á frustrar los planes de futura dicha forjados por ellos.

Corría el año 1816, cuando Artigas tuvo noticias de que se anunciaba una formidable invasión portuguesa, que contaba con la connivencia y hasta con el aplauso del gobierno de Pueyrredón, que por entonces ocupaba el poder supremo en Buenos Aires.

Los orientales, que habían colgado las armas y se ocupaban en reanudar sus tareas agrícolas y pastoriles al amparo de la paz, tuvieron que abandonar éstas para acudir al llamado de la patria, amenazada de nuevo por su ambicioso vecino.

El capitán Cabrera reunió otra vez su milicia, secundado eficazmente por el teniente Albornoz, y ambos acudieron, valerosos y decididos, donde los llamaba la voz del deber, dejando á Andrea en su solitario rancho del Pintado, haciendo votos por el triunfo de la patria y por el feliz regreso de los seres queridos.

III

Artigas desprendió de su campamento al coronel don Fructuoso Rivera, con un plantel de soldados, para que hiciera reuniones de vecinos en el Este del territorio, y saliera al encuentro de los invasores que amenazaban esa zona del país.

El capitán Cabrera se incorporó á ese jefe con sus voluntarios, marchando al encuentro de los portugueses, internados ya en el departamento de Rocha.

El 19 de Noviembre de 1816, en los campos de India Muerta, se encontraron los orientales con los portugueses invasores; el ejército oriental era inferior al de éstos, en número y en organización militar; pero á pesar de esta circunstancia desfavorable para los patriotas, los bravos soldados de Rivera pelearon con su habitual arrojo, disputando la victoria á sus poderosos enemigos.

Brillantes cargas, llevadas con denuedo por nuestros bravos gauchos, hicieron retroceder más de una vez á los portugueses, y la lucha se entabló, brazo á brazo y con éxito vario, entre ambos combatientes; por último, la victoria se decidió por los invasores,

quedando tendidos, en el campo de la pelea, centenares de soldados orientales.

El capitán Cabrera, que había dirigido personalmente varias de esas cargas, cayó mortalmente herido, cuando su división, victoriosa, ponía en fuga á un regimiento portugués.

El coronel Rivera, conocedor de los méritos y del valor demostrado en la acción de India Muerta por el teniente Albornoz, le concedió el empleo de capitán y le confió el mando de los soldados que acandillaba Cabrera, muerto gloriosamente por la patria en la infausta jornada.



Coronel D. Juan M. Villar

¿Llegó hasta el solitario rancho de la costa del Pintado, la dolorosa noticia? . . . ¿Quién podría saberlo!

Vientos tempestuosos de ruina y desolación, sembraban por doquiera los extranjeros invasores; pero, á pesar de sus disciplinados y numerosos ejércitos, sólo eran dueños precarios del mísero terreno que pisaban.

En las ciudades y en los pueblos, dice un escritor portugués, los habitantes solían entrar en relación con los conquistadores; pero en los campos, sus escasos moradores huían de su contacto, haciendo materialmente imposible la conquista.

Los soldados portugueses cruzaban nuestra campaña, teniendo que librar combates parciales cada día, y si cualquiera columna se desprendía del grueso de su ejército, era atacada en seguida por alguna división oriental, que, al mando de obscuro, pero valeroso caudillo, disputaba al enemigo de su patria la posesión del suelo querido, tumba de sus mayores, y de él mismo quizá en cercano día.

IV

En una templada tarde del mes de Abril de 1818, por los solitarios campos de la Florida, y en dirección á las nacientes del arroyo Maciel, marchaba, en correcta formación, un fuerte destacamento de tropas portuguesas. Nada, al parecer, turbaría la tranquila marcha de aquéllos, cuando, de improviso, el clarín tocó atención, y los jefes y oficiales ordenaron su gente para rechazar un próximo ataque.

¿De dónde venía éste?

Muy fácilmente podría responder quien dirigiera la mirada al cercano monte que bordeaba el arroyo del Pintado.

Por una oculta y casi desconocida picada, numeroso grupo de jinetes armados, acababa de pasar, y, coronando la cuchilla después de salvar los bañados de la costa, amenazaba envolver por un flanco, en rápida carga, al destacamento portugués.

Á su frente, montado sobre brioso potro, galopaba el capitán Albornoz, que, desprendido del ejército de Rivera, en comisión del servicio, se había acercado á la costa del Pintado con el objeto de visitar, de paso, á su amada Andrea, para deslizar en su oído palabras de consuelo y de esperanza.

Albornoz no pudo realizar su intento, pues la presencia del enemigo le recordaba el deber de combatir, ante todo, al extranjero dominador de la patria, así es que obedeciendo ese imperioso mandato, había arremetido á sus contrarios, sorprendiéndolos en la marcha.

Tremendo fué el choque; los soldados portugueses, repuestos de la sorpresa, resistieron con valor la formidable carga de los dragones orientales, que con sus sables abrían claros en las filas contrarias.

Caían los jinetes, arrancados de sus cabalgaduras por el hierro y el plomo, y el estruendo de la batalla hacía estremecer la tierra, llevando á lo lejos el ruido ensordecedor del combate.

En lo más recio de la pelea, y cuando el enemigo luchaba por no ceder el terreno, las filas de los soldados orientales se vieron aumentadas con un nuevo combatiente. Era una gentil amazona que se incorporaba; era Andrea Cabrera, la hija del valeroso capitán caído en la triste jornada de India Muerta, la prometida del joven oficial que acaudillaba en aquellos momentos la huéste patriota, la que, al oír desde su solitario rancho el rumor de la contienda, sintió latir su corazón al impulso de los sentimientos nobles que lo animaban, y se encaminó velozmente para luchar al lado de sus hermanos.

Cuando los portugueses, vencidos después de porfiada lid, abandonaban el campo de la pelea, una bala traidora vino á hacer su última víctima en las filas

de los libres, arrancando la vida á la infortunada Andrea, que cayó exánime en los brazos del capitán Albornoz.....



Una mano piadosa señaló, poco tiempo después, con una tosca cruz de madera, el sitio donde había caído en defensa de su país la valerosa Andrea; esa cruz fué transportada en seguida á las peñas cercanas, y al pie de ellas se guardaron los despojos de la infortunada joven.

El capitán Albornoz, á quien desde entonces no lo ligaban ya lazos terrenales, siguió combatiendo, incansable, á los enemigos de la patria.

En Diciembre de 1819 se encontraba al lado de Artigas, en los memorables campos de Santa María; en Enero de 1820 se halló en la jornada de Tacua-rembó, á las órdenes de Andrés Latorre, con el grado de comandante, á que había sido ascendido por sus meritorios servicios; y, cuando el Protector de los pueblos libres se trasladó á Entre-Ríos para batir á su antiguo teniente, el indio Ramírez, ensoberbecido por los porteños, el comandante Albornoz, siempre fiel á su antiguo caudillo, dirigía, con el ardor acostumbrado, aquellas formidables cargas de caballería, que obligaron al jefe entrerriano á buscar un seguro refugio al abrigo de los cañones y de la infantería de Mansilla, en las márgenes del Paraná.

La guerra terminó en Septiembre de 1820, con el confinamiento de Artigas en las remotas selvas paraguayas, y el comandante Albornoz, como tantos héroes de aquella larga y porfiada lucha, desapareció, sin que sea conocido el lugar donde descansan los restos del bravo campeón artiguista, tan infortunado como valiente.

Julián O. Miranda.



¡Á ELLA!



Hastiado de la vida á los veinte años,
Perdida mi esperanza embriagadora,
Ofuscada esta mi mente soñadora,
Sin amor, sin cariño y hasta sin fe,
Con la sonrisa incrédula en los labios
Y en el alma la paz del moribundo,
Al cruzar solitario el ancho mundo,
Radiante de hermosura te encontré.

Eras muy niña. En tus mejillas hermosas
Brillaban los matices de las flores,
Y tenían tus ojos resplandores
Misteriosos y verdes como el mar;
Era dulce tu voz como un arrullo,
Dorada era tu lengua cabellera,
Tu talle esbelto, como la palmera,
Pálido el seno como el mismo azahar.

El rayo que animaba tu pupila
Despertó sin quererlo mi deseo,
Y te adoré mi corazón sincero,
Este mi triste y mustio corazón!
Y sacudiendo su fatal mortaja,
Soñó sus ya perdidos embelesos,
Cantos de gloria, melodías de besos,
Dulces encantos de febril pasión.

¡Niña! te dije, mi palabra escucha,
Que en la azulada bóveda serena
Hay un Diós que me absuelve ó me condena,
Un Dios que adoras y que yo adoré;
Perdido todo en la contienda humana,
Y al llegar al final de mi camino,
He doblado mi frente soberana
Sobre la tumba de mi extinta fe.

Mas bastara á reanimar mi vida
Una sonrisa de tus labios rojos,
Una sola mirada de tus ojos,
Una palabra trémula de amor,
Bastaría á salvarme del abismo,
Donde la pena el corazón quebranta,
Que me dijeras, con piedad: levanta!
Como á Lázaro dijo el Redentor.

Aun en esta alma pervertida y mala
Hay algo puro que por ti palpita,
Hay algo que solloza y que se agita
En mi cansado y triste corazón;
Algo que el tiempo destrozar no pudo,
Que no ha manchado el lodo de la orgía,
Que se eleva sonriente en la agonía
Y entre las ruinas clava el pabellón.

¿Quieres que el poeta de nuevo cante,
Y que en lo eterno de la dicha crea?
¿La llama quieres ser que centellea
Llena de vida en mi cerebro, di?
.... Tus ojos me miraron con ternura
Tus labios purpurinos sonrieron,
Tus manos á mis manos oprimieron,
Tu voz me dijo suspirando: Sí!

Hoy, templado mi espíritu altanero
Al fuego de tu amor grande y profundo,
Ya más no cruzo solitario el mundo
En busca de quimeras que perdí.
Hoy en la lid, sin desmayar combate,
Como en la arena el fornido atleta,
Con la fe inquebrantable del profeta,
Fija mi mente y mi esperanza en ti.

Andrés A. Demarchi.

Montevideo, 27 de Diciembre 1898.



LA GUERRA INTELECTUAL

SUS GENERALES

GALDÓS Y «MENDIZÁBAL»



ÉÍA yo el otro día con emoción sincera la descripción de un viaje de Tolstoï, del Conde y Labrador Tolstoï, á San Petersburgo.

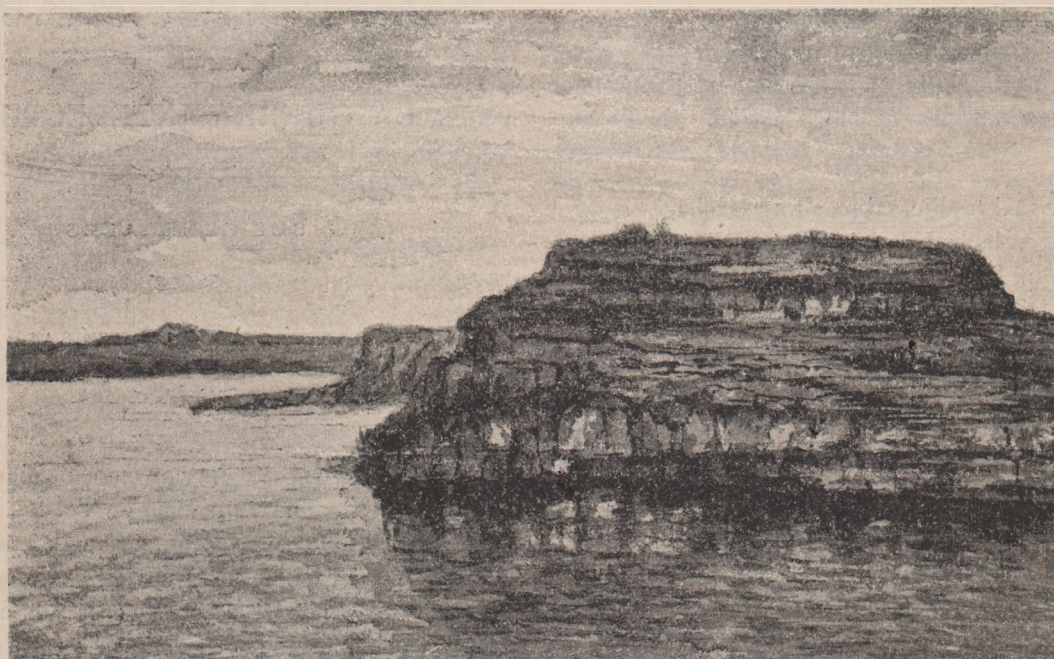
Aquel hosco y meditabundo señor de la selva, rey Lear de larga barba y enredada melena, sintió cierto día nostalgias de civilización, ansias de brillo, de halagos, de luz. Y despreciando el régimen vegetariano, arrumbando por unas horas su misticismo editorial, entregó al primer *moujik* que se le presentó, aquel enmohecido arado con que le retrataron de diez años á esta parte en todas las *Ilustraciones* de Europa, y ágil como es se metió de un salto en el wagón, y horas después llegaba á San Petersburgo desde Moscow. ¡Llegar digo! La palabra es pobre. Conocido su viaje en la capital, desde el Czar de todas las Rusias hasta el colillero de la avenida Newka; desde el señor envuelto en pieles de marta (¡allí los gabanes son de verdad, no como los de aquí, con vueltas y vistas de gato trastero), hasta el pobre obrero helado de frío; desde el autócrata rodeado de polizontes, hasta el nihilista espiado por ellos; cuantos recordaban el nombre de Tolstoï desde su niñez y se lo imaginaban como legendario anciano, cual venerable figura del año que caminaba por las estepas heladas de Rusia, sembrándolas de bíblicas máximas, y echaba por debajo de cada puerta, ya la dorada del palacio, ya la de choza desmantelada, las leyendas populares y nacionales de Rusia, los cantos de guerra, las ansias del pobre, la ruindad y abuso del rico; cuantos adoraban en el viejo Labrador de Mos-

cow, al verle de carne y hueso, arrojáronse sobre él y á punto estuvieron de echarse á sus pies para que los pisoteara. Las damas le acariciaban, las jóvenes arrojaban á su paso flores, los hombres le besaban la mano, los niños le tocaban como á reliquia. Y generales, políticos, literatos, artistas, se disputaban al santo, alzábalo en sus hombros y le llevaban hasta el coche. ¡Magnífico espectáculo para nosotros, que únicamente sabemos sacar en hombros al *Enagüitas* ó al *Pica-Limas*!

En Tolstoï veían sus compatriotas, no ya sólo á un escritor ilustre, porque las multitudes no entienden de

Tenemos en nuestro país un hombre de superior inteligencia, de genial mirada artística, á quien no crean ustedes que van á sacar en hombros un día de éstos, porque, milagro será que no le echen á las murenas ó á las mulillas, ó le cuelguen de cada oreja un par de rabiosos perros.

No es sólo un eminente literato, honra de todo el país y gloria de la humanidad civilizada: es también, como Tolstoï, símbolo de la patria, emblema vivo de nuestra raza. Más ha hecho por España, que cuanto hicieron y deshicieron nuestros héroes á grito callejero y pelado, ó nuestros retóricos de percalina barata. Por él



Departamento de Paysandú: el Hervidero y la Meseta de Artigas

gramática, sino la representación más viva de Rusia, bandera nacional, matrona veneranda que había tenido en sus faldas, junto al gran hogar de la patria, á varias generaciones de ciudadanos á quienes refería las leyendas de su raza.

¡Cuántos aprendieron desde su infancia la idea del honor, al leer *La guerra y la paz* ó *El sitio de Sebastopol*! ¡Cuántos se sintieron poseídos de ardor bélico al ver en confuso y lejano cuadro caracolear los escuadrones del emperador Alejandro, ó el resplandor de aquel horroroso incendio de Moscow, en que una soberbia ciudad coronada de llamas, apenas pudo servir de mezquina hoguera á un ejército de hambrientos, de esqueletos, de aventureros enloquecidos! ¡Cuántos, en fin, no sintieron brotar en su corazón flores de inextinguible piedad, al leer los sublimes *Recuerdos* del Conde Tolstoï, ó erigieron en lo más hondo de su alma el sagrado altar de la dignidad humana, de la libertad palpitante en tantos y tantos personajes del autor de *Ana Karanine*!

sabemos, y hemos de oírlo acurrucados bajo la ennegrecida campana del triste y angosto y pobre hogar español que nos queda; por él sabemos que fué grande la España de nuestro siglo. Á la voz del escritor despertaron generaciones de españoles ilustres, se movieron multitudes, se agitaron revoluciones, y cayó una España para nacer otra.

El magnífico espectáculo de batallas, con su encendido tumulto, mezclóse con la bárbara persecución política, precedida del cortejo de encapuchados y seguida de verdugos, ajusticiados y horcas. Ese gran hombre nos enseñó cómo hablaban nuestros abuelos y nuestros padres; por la generación del arte nos creó una segunda vez, dando alma y vida á lo más caro de nuestras afecciones, y voz y consejo á lo más venerando y respetado de nuestras casas.

Por obra del divino fonógrafo del arte, hízonos escuchar á nuestros antepasados y recogió sus acentos de ira, sus candorosas proclamas, sus gritos de combate, quizás sus quejidos de agonía en afrentoso patí-

buló. Y sólo por el gran hombre, sabemos que el aire con que vivimos y respiramos hoy, lo debemos á préstamo de aquellos mil y mil esperanzados jóvenes que murieron por sublimes ideas; que esa libertad tan despreciada en el día por escépticos intelectuales y Luis-es, para llegar hasta nosotros, caminó sobre sendas sembradas de huesos, sin tierra donde pisar, pues toda ella era podredumbre y ruinas.

Ese hombre se llama Pérez Galdós, y á él deben los españoles la resurrección de un siglo.

¿Cuándo le levantan en hombros? — preguntaréis. ¡Menguada idea! Si no fuera porque aún quedan es-

desencanto mayor de todos. En sus primeras obras, eso es rigor, le aplaudieron y hasta le acompañaron con hachones. No sé si habrán ustedes observado que los pseudo admiradores y críticos del arte dramática se parecen á esos piratas de las islas Columbretes, que llaman á los navegantes con luces ó faros fingidos, para de este modo atraerles y despedazarles luego. De estas Columbretes literarias y de esos torreros piráticos hay aquí muchos. Atrajeron á Echegaray, de quien apenas queda nada hoy á bordo de su barco; engañaron á Cano, — y por cierto que don Manuel Cañete no le perdonó nunca que le obligara á arrodillarse en la Ca-



Departamento de Artigas: Arroyo Cuaró Grande (Paso de Farias)

píritus valientes, sabe Dios quién se atrevería á defender á Galdós.

Sus principios fueron sangrientas luchas; la gente nea, como encolerizada y repugnante guardia negra, lanzóse sobre él; las furias de Orbajosa cayéronle encima, con *Doña Perfecta* á la cabeza, é hicieron de don Benito todo un sacro colegio de Cardenales. Señores pulquérrimos y atildados, desde los estetas de tocador hasta los cronistas de salón, gabinete y . . . alcoba, sacaron punta á las untuosas barras de cosmético con que se barnizan y lustran, y las esgrimieron como puñales.

— ¡Uf, qué asco! — decían, haciendo bascas — ¡Uf! un hombre que escribe *judío*. ¡Ay, hija! ¡Jesús me libre!

Y el primer novelista español desde el siglo XVIII acá, el gran heredero de nuestras glorias realistas clásicas véfase perseguido por clericales rebuznos, por chillidos de *boudoir*, por graves eructos académicos.

Vencidas, gracias á Ortega Munilla, Clarín y otros, esas repulsas estúpidas, Galdós triunfó. Pero le quedaban muchos huesos por roer. En el teatro sufrió el

rrera de San Jerónimo cierta noche de frío, porque el bueno de don Manuel creyó que llegaba el Viático, cuando quien venía era el autor de *La Pasionaria* entre hachas, teas y luminarias; — engañaron á Cano, digo, y atrajeron á Galdós. Nadie le perdonó *Voluntad* y *Los Condenados*. Se le negaron títulos de autor. Perros de presa y gozquecillos le ladraron en los talones, y hubo quien se le tiró á las orejas. Galdós era poco menos que tonto, *imposible* para el teatro. Hubo quien habló con desprecio de moldes viejos y nuevos, etc., etc. Galdós les contestó en un prólogo. Otro tanto hacen en Francia los autores más vulgares. Pues bien: Galdós fué tachado de orgulloso, como si aquí, donde cualquiera se sube al púlpito, el primer literato de España y uno de los primeros de Europa no tuviese derecho á hablar y á imponerse. Aquella misma tarde habló en el Congreso no sé qué señor González ó Perengáñez, completamente idiota, y todo el mundo se quedó con la boca abierta y pasmado de gusto.

Y he aquí por qué el genio de Galdós, ladrado por los de abajo y hasta robado por sus editores, sufre lar-

guísima peregrinación y calvario. ¡Pensar que Galdós, ahora, cuando todo fracasa y cae, apenas si merece el aprecio de los españoles! ¡Á cualquier hora le sacan en hombros!

Digo mal. Yo he visto á don Benito, en la Zaragoza, inmortal escenario de su gran libro, y le he visto con emoción, aclamado, llevado y traído de casa en casa, como en santa peregrinación, por aquel cementerio de carcomidos caserones y destruídas torres y siniestras callejas donde cada piedra podía ser una columna Vendôme, donde cada puerta ostenta un escudo dibujado á balazos. ¡Era que hablaba el corazón español, ese viajero corazón que se oculta como el Guadiana y de cuando en cuando alberga en tal ó cual provincia de España!

Pero el calvario de don Benito no ha terminado. Publica *Mendizábal*, inaugura la tercera serie de *Episodios*: ¿creerán ustedes que ha preocupado á nadie semejante cosa?

Los críticos, por regla general, le han declarado muerto ó poco menos. Hay artículos críticos de *Requiem*, que á duras penas disimulan una feroz alegría. Es la del moro que ve pasar el cadáver de su enemigo por su puerta. ¡Qué placer, un genio caído! «¡Enterrador, mete bien la pala en la tierra!»

Hay graves cargos contra *Mendizábal*, y dudo yo que el famoso hacendista fuese más perseguido en su tiempo de lo que es hoy.

Un crítico, que ha confesado públicamente después no haber leído el libro, dicele á Galdós que la novela *Mendizábal* no tiene interés, porque su protagonista era una especie de empleado digno de alimentarse con la cordilla ministerial, capaz de cambiar de partidos como de camisa y de buscar más comisiones para el extranjero que espigas tiene un trigal.

Respondan á ese señor crítico un tal Cervantes, que hizo del caballero Quesada la primera figura literaria del mundo, y un cual Flaubert, que en *Mad. Bovary*, vulgarísima burguesa, supo moldear el carácter más conmovedor y hermosamente humano con que cuenta la novela moderna.

Otro crítico dice que, á este paso, Galdós hará el retrato de Sagasta.

¿Y por qué no? ¿No ha hecho Zola el de Napoleón en *La Débâcle*, y es quizás de lo más hermoso que salió de tan vigorosa pluma? ¿No pintó luego en *Roma* á León XIII y al rey Humberto, y en *París* á ministros vivos y á gentes del día? ¿Acaso el mismo D'Anunzio no ha contado incidentes de la vida romana moderna escandalosísimos? Si es broma eso de Sagasta, puede pasar; pero el tiempo no está para bromas.

El mayor defecto que hallan en *Mendizábal* los críticos, es que... no se habla de Mendizábal en el libro.

La cosa es chusca. ¿Acaso el título de un libro

histórico-novelesco obliga á dedicar por entero el interés del mismo al personaje anunciado? Quien lea *Mendizábal* no supondrá que Galdós va á referir las veces que se mudaba aquél de traje ó de camisón.

Desde luego comprende que se cita á Mendizábal como símbolo de una época, resumen de un período histórico. En la columna Vendôme, Napoleón es la figura principal; sin embargo, no es la columna: es su cima. De la misma manera, Mendizábal no está en aquel personaje de levitón, en aquél don Juan Álvarez Méndez que aparece de cuando en cuando en el libro, hablando teatralmente: Mendizábal está en todo el libro, en todos los personajes, hasta en el aire que respira. Sus luchas, sus batallas, sus conjuras, su figura, destacándose sobre la España de entonces, todo eso es tan interesante como Mendizábal. ¿Es justo, además, entretener al lector con el menudo estudio de nimiedades cuando se trata de personajes estereotipados? En ellos lo histórico, lo práctico, vence á la nimiedad. El mismo Taine, en su Napoleón archinaturalista, no prescinde nunca del héroe: le pone de manifiesto y lo eleva hasta en las rencillas domésticas.

La figura de Mendizábal, aparte de esto, quedará por el Mendizábal en estatua. Fué quizás el único revolucionario hacendista que tuvo España. Rara vez el prosaico billete de Banco llega al alma popular. Para un Law que logra encender las pasiones y desatarlas hasta el robo, el asesinato y la revolución, movidas por cifras y balances; para un Necker que sea fulminante del 89, se ofrecerán miles y miles de hacendistas que han pasado inadvertidos. Mendizábal supo llevar sus pasiones al pueblo. Aquellos progresistas retóricos que se dedicaban á hinchar párrafos, como se dedican los periodistas de hoy á hinchar telegramas, no comprendieron que la verdadera retórica de entonces estaba en la persecución, en la guerra, en abrir los conventos á las muchedumbres y poner inmensa riqueza en circulación.

Los guarismos eran soldados entonces, y la pluma de Mendizábal el cañón de más alcance. La figura del hacendista galdosiano, cuando de una plumada rompe con el pasado de España, se agiganta desde cualquier punto de vista que se le mire. ¿Por qué hemos de negar esto, sin perjuicio de aplaudir luego á héroes franceses, revolucionarios de tercera fila? Menéndez Pelayo es el primero en reconocer la importancia de la figura de Mendizábal, y decir que la revolución es él.

Alrededor del héroe se mueven personajes interesantísimos. Hay más romanticismo *oculto* en las páginas del libro, que *romanticismo escrito*.

Aquella sociedad sin rumbo, quizás muy parecida á la de hoy, presa de terrores y de entusiasmos; aquella juventud candorosa y fiera á un tiempo, cobran gran relieve en el libro de Galdós. Se dirá que la acción es lánguida; pero ¿acaso los *Episodios* no

forman un conjunto? Esperemos los otros tomos, y juzgaremos entonces. *Mendixábal* es un delicioso *vermouth*, un aperitivo lleno de sugestión é interés.

Entretanto le gritan ó desdennan, Galdós camina de *Oñate á la Granja*. Su línea recta por nada se tuerce. El coche que conduce á Galdós en estos viajes no volcará porque tropiece en baches críticos, ó se tuerza, ó se atasque. En tres años escribirá, don Benito, los *diez tomos* de la tercera serie de los *Episodios*. ¡Eso no es viajar en coche: es viajar en carroza de gala con muelles de doble suspensión y ocho caballos empenachados!

Rodrigo Soriano.

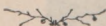
Madrid, Enero de 1899.



CABEZAS DE MODA



LEÓN XIII JUZGADO POR UNA ESCRITORA SOCIALISTA



MUY pálido, muy derecho, apenas visible; tan espiritual es aquel cuerpo envuelto en blanco paño; el Santo Padre se sienta en amplio sillón adosado á una consola que sostiene un Cristo angustiado. La luz que cae de frente sobre el admirable rostro del prelado latino, destaca su modelado finísimo, su estructura «primitiva» en el sentido pictórico de la palabra, vivificada, animada, galvanizada, por un alma tan juvenil, tan vibrante, tan ardiente hacia el bien, tan compasiva en las misérias morales, que la mirada del Papa deslumbra, parece un alba resplandeciente que iluminara un atardecer....

El incomparable retrato de Chartan puede únicamente dar idea de esa transparente visión. Pero es más suntuoso que el natural la púrpura que refulege bajo la sotana nívea, ilumina las mejillas con reflejos y presta vivísima luz á los párpados en el cuadro del pintor; León XIII es más suave, más dulce. Para decirlo en pocas palabras: León XIII me ha parecido «más blanco;» su colorido es «más íntimo,» más conmovedor, menos soberano, más apóstol.... ¡más abuelo!

Expresión de bondad ternísima, tímida, se dibuja en sus labios, se subraya en la sonrisa. Al mismo tiempo la nariz larga, recia, revela la voluntad del *¡que sigue su camino!*

León XIII recuerda los modelos de Perugino, esos retratos de donantes piadosos que vemos en los cuadros de santos ó en las vidrieras de catedrales góticas, arrodillados, de perfil, vestidos con luengos hábitos de lana, de alargados dedos, místicamente agrupados al

calor de las Asunciones, las Natividades, el triunfo de Santos y la gloria de Dios.

Me parece encarnar el blasón de los Pecci: su gentil estatura recuerda, por su gallardía, el pino heráldico que se dibuja en forma de **I** bajo el cielo azul; la claridad de sus pupilas, la de aquella matutina estrella, señal de la aurora, que tiembla en la cima del gran árbol heráldico. Pero lo que impresiona tanto ó más que su rostro, son las manos: manos largas, finas, diáfanas, de incomparable finura de dibujo; manos que parecen con sus uñas de ágata, ex-votos de precioso marfil sacados del relicario en día de fiesta.

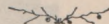
La voz parece muy lejana, apagada por la oración; voz que habla con el cielo más que con nosotros los mortales. Sin embargo, en la conversación adquiere vida, sube y baja, cobra entonaciones que interrumpen la melopea gregoriana.

Madame Severine.



MEMORIAS

DEL CONDE DE CAYO-REY



(CONTINUACIÓN DEL NÚMERO 13)



EL SARGENTO PLANELL



LEVABA yo conmigo, como agregado á mi cuartel, un sargento de húsares que me pertenecía, por afecto y gratitud, en cuerpo y alma, y el que, por los conocimientos que tenía de la manigua, como de las tretas usadas por los taimados filibusteros cubanos, que eran los enemigos que iba yo á combatir, me sería de gran utilidad.

No era ninguna vulgaridad el llamado sargento Planell.

Hombre un tanto misántropo y de carácter tan irascible cuan atrabiliario, á quien desastres de familia le habían inducido á declarar la guerra á la sociedad y á satisfacerse con los sufrimientos de ella, de las amarguras que le había hecho sufrir. Sucesos fueron los que motivaron su encono, que siempre guardó en secreto Planell; pero que, grandes y muy profundos deberían ser para que él, hombre educado y hasta un tanto erudito y aun,—me animo á asegurar por lo que pude en mi trato con él entrever,—perteneciente á una familia relativamente opulenta, se viera de un día para otro convertido, de entidad social, en feroz enemigo de ésta y dispuesto á devorarla en carne, como

devora á su presa el feroz chacal: con crueldad y avidez de fiera.....

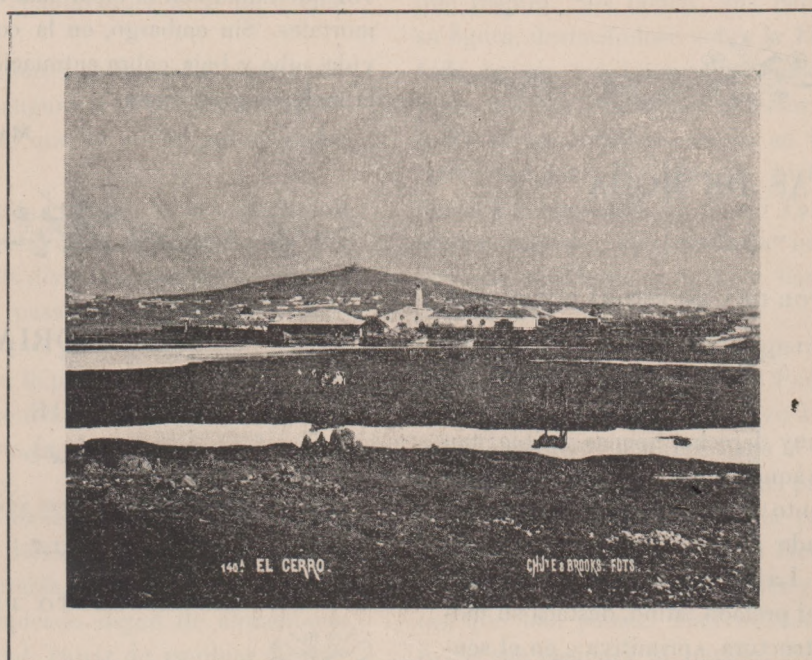
El conocimiento que adquirí del tal sujeto fué en condiciones bien originales.

Cierto día fuí á presidir un consejo de guerra que tenía la misión de juzgar á un cierto comandante de los feroces *Plateados*, que, como hambrientas alimañas esparcen la muerte en la campiña y poblados de la Gran Antilla.

La pena correspondiente, por ley de guerra, fuera, cual también por fuero ordinario, *la de muerte*. Se

proezas de valor temerario, que, aunque bandido y traidor á su patria, decidí de mi parte salvarle la vida y ... lo conseguí sin dificultad: transiciones de la vida. Si á aquel hombre lo entrega la ley á jueces civiles ó eclesiásticos, lo descuartizan, lo queman y luego mandan esparcir las cenizas de su cuerpo. Nosotros le salvamos por las tantas quijotadas que de él se contaban, y más que por todo ello, por su valor temerario, lleno, consiguientemente, de romanticismo.

Le fué, con relevantes de pena, aplicada la de cadena perpetua, de la que, aprovechando un indulto real que yo gestioné, libróse completamente.



Vista del Cerro de Montevideo

trataba de gente levantada en armas contra la integridad de España en su propio suelo, y peor que eso, contra el dogma social y su estabilidad. Asesinatos alevos, incendios, violaciones, robos y un sin fin de crueles matanzas, es de lo que se le hacían cargos al reo en cuestión y á los suyos. Ví á todos los oficiales del consejo resueltos, como yo lo estaba, á condenar á ser pasado por las armas al dicho jefe de los feroces *plateados*; aún más, nos repugnaba se le aplicase tan noble pena á un tan feroz bandido, pero nosotros debíamos juzgar como soldados y no como togados ó cogullas.

Pero he aquí que antes de la sentencia se le dejó en el uso de la palabra al reo, como es costumbre, y tales y tantas cosas contó de sus desgracias y tal fruición demostró, sincera y sin despecho, sin ferocidad ni ficción por la sentencia *que esperaba*, que... la verdad, como ya lo he dicho, soldados, y no cogullas ni togados, nos tocó en el corazón aquel valiente de quien se contaban, empero, entre sus fechorías, tales

Era hombre de corazón y educado para la guerra.

Su gratitud lo llevó hasta el punto de convertirse en mi sombra. Se agitaban por aquellos tiempos en la corte las pasiones políticas, tan comunes en aquella Babel viciada y corrupta. Yo estaba á la sazón un tanto comprometido por mis manifestaciones contrarias al partido en el poder, pero, seguramente que nada tenía que temer de la traición aleve, desde que mi sombra, noche y día me hacía invulnerable, y ésta no era otra que el propio Planell, que me cuidaba, sin que hubiera fuerza bastante para impedirlo.

Pasados los sucesos políticos en cuestión, pidióme Planell un día, le recomendara á un jefe de caballería, pues quería servir en esa arma á fin de evitar la ocasión de perderse. Así lo hice, y en poco tiempo, buen jinete y hombre instruído, y acostumbrado á obedecer y mandar, y muy activo en el servicio, fué por gracia especial ascendido á sargento primero del regimiento de Húsares de la Princesa, en que servía, y fué en ese grado que se me presentó el ex jefe de los *plateados*

á ofrecirme sus servicios luego que supo que era yo el destinado para expedicionar en Cuba.

Tan decidido le ví al sargento Planell y tales cosas misteriosas me contó de la manigua, y de sus hombres, que con sumo placer le incorporé á mi cuartel en calidad de sargento de órdenes.

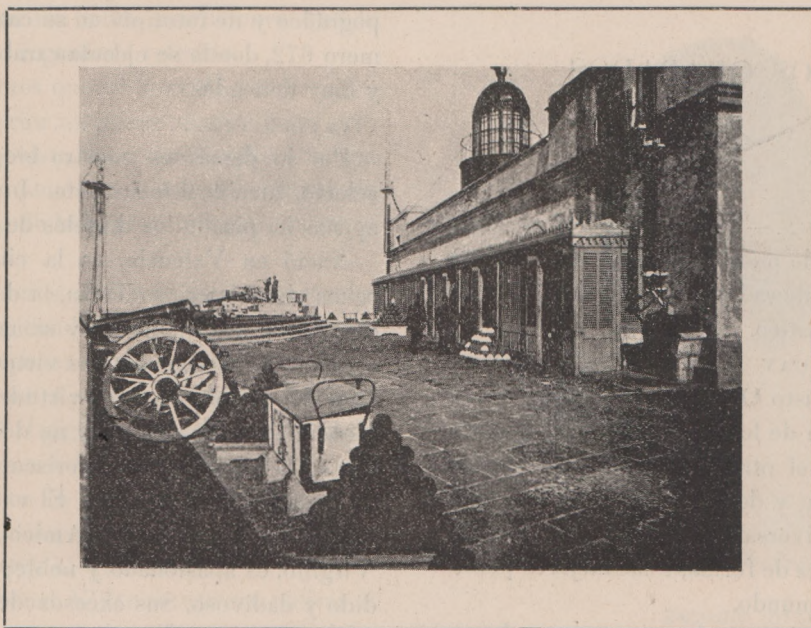
Los hechos dirán si hice buena elección y si fuéme oportuna y de inestimable valor la ayuda que me prometía mi agradecido aventurero.....»

Hagamos un paréntesis á la narración del buen conde de Cayo-Rey, para, á nuestra vez, hacer una explicación somera y breve, pero indispensable, para la

ó cuarterones, y es por la esencia de su obscura tez y como por ironía cruel, que se les llama plateados, hombres de color de plata.

Ésta es la versión más general, aunque no deja de primar otra versión, cual es la de llamarse tales plateados por ser oriundos en su mayor parte de Puerto-Plata, ó por ser muy afectos á cubrirse de prendas y alhajas de este metal.

En fin, que el origen de la palabra que los califica y les da nombre, es cosa muy obscura; pero la versión que más se amolda á la verdad *histórica*, es la que hemos hecho de *primera intención*.



Baluarto de la Patria. — Interior de la fortaleza del Cerro

comprensión del lector, sobre quiénes eran y qué hábitos y costumbres tenían los ex afiliados de Planell, vale decir, LOS PLATEADOS.

Seguramente, carísimo lector, que en ocasiones varias habrás oído nombrar ó leído, sin duda, algún episodio terrorífico á lo Gulliver, de los llamados plateados, no otra cosa que bandidos que merodean en la densa manigua de la gran Antilla.

Pero, sin duda que ignoras lo que respecta á su etimología y procedencia; y, puesto que sabes sus fines, creo indudablemente que no debes ignorar sus *hábitos* y *costumbres*.

Yo te voy á poner en relación con ellos, para que, hecha carne su idiosincrasia y sus *doctrinas*, aprecies á conocer el ramo más perfeccionado de los vándalos salvajes.

Los Plateados de Cuba, como los *Iñigos*, pertenecen á lo peor de las gentes indígenas por su moral-concepto y por su misma genealogía de raza y condición.

Todos ó casi en su mayor parte, son negros, mulatos

Los Plateados son, por otra parte, oriundos de Méjico, donde se dedican al robo en despoblado, en montes, escarpados y en las mismas desiertas praderas, igualmente que en las minas de aquel rico país.

Como los *Iñigos*, son los Plateados de la gran Antilla, bandoleros de la peor especie.

Ni los Wampa y Fra-Diavolo, ni los Corberte de Paudin, ni Jaime el Barbudo, Pacheco, los Niños de Écija y Diego Corrientes, ni los *Tata Dios* ó *San Jacinto*, facinerosos de grandes mentas en el viejo y nuevo mundo, que respectivamente llenaron con sus fechorías, pueden compararse, en lo infames, crueles y desalmados, á los famosos Plateados.

Difícilmente se encontrará en los preinducidos bandidos, especie de peor condición que los que merodean en la manigua.

Hubo en aquéllos rasgos más ó menos *loables* y algunos hasta caballerescos, positivamente. Las crónicas han recogido de los famosos Wampa, — mito ó realidad, — y de Fra-Diavolo, como de Diego Corrientes, los

Niños y el Barbudo actos de relativa grandeza y muchos de heroicidad.

Ciertamente que mucho ha contribuido á tal embellecimiento del crimen el romanticismo de la época y del lugar en que sentaron sus reales dichos foragidos.

Mas lo cierto es, que algo de verdad hay sobre lo pintoresco de la vida real de aquéllos y de sus proezas quijotezas.

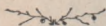
Pues bien, en los Plateados no se encuentra nada de esto.

José M. Blanch Codoñer.

(Continuará).



NUESTROS GRABADOS



FAUSTO ORTEGA. — Publicamos hoy en lugar preferente de nuestra revista, el retrato de nuestro colaborador gráfico y casi también director artístico.

Alma de EL URUGUAY ILUSTRADO es el aventajado fotograbador Fausto Ortega, cuyos trabajos han causado la admiración de los inteligentes, á tal punto que, como decíamos el otro día, si nuestra revista cede la prima del arte y del material informativo á otras de renombre universal, no la cede desde luego en corrección y nitidez de forma, á las mejores publicaciones gráficas del mundo.

Llenos tenemos los cajones de nuestra mesa de redacción de cartas y tarjetas elogiosas, felicitándonos por lo selecto de nuestro trabajo. Y ya no, amigos ni *convecinos* ponderan á EL URUGUAY ILUSTRADO, sino que extraños y extranjeros, dicen muy bien de nuestras producciones gráficas y literarias. La misma prensa nacional nos aplaude y eso que como es sabido *entre amigos huelgan manteles*.

Pues bien, parte de esa gloria le corresponde á *Fausto Ortega* por lo artístico de sus trabajos.

No vacilamos en confirmar que, ese nuestro colaborador y muy querido compañero, es una joya del arte gráfico del Río de la Plata y seguramente muy considerado en otros centros ilustrados, donde se sabe con propiedad, dar valor á lo que en verdad lo tiene.

Por lo demás *Fausto Ortega* es uno de esos obreros de persistencia y constancia, que ha sabido, entre los agobios de la vida penosa del arte, formarse, á la vez que un caudal de conocimientos, una fortuna envidiable.

De noche y día, robando horas al sueño y al cansancio, pudo dominar ese feroz mercantilismo del arte en que se engendra con disparidad equívoca una cierta

ley del embudo, en que mientras goza vive y se enriquece el que no produce, sufre agonía lenta el que lo trabaja.

Pues bien, Ortega se ha impuesto á los mercaderes del templo y los ha azotado. De aquí, que hoy por hoy, en el Río de la Plata es el artista *deseado*. Sus talleres son famosos y así como á un especialista de nota se requiere recomendación de príncipe para ser consultado, así hoy por hoy Ortega, necesita saber á quién sirve y qué gloria ó mercantilismo soez puede alentar por engaño.

Es ante todo una entidad moral y de probidad indiscutible, como hombre y como artista. Estas son sus características geniales.

Posee también Ortega un gran establecimiento tipográfico y de fototipia en su casa, calle del Perú número 672, donde se ejecutan trabajos también selectos y muy delicados.

Por lo demás es nuestro biografiado de un trato selecto, amable é insinuante. Joven es aun, pues que apenas ha pisado los dinteles de la edad viril.

Nació en Valencia, en la ciudad que bañan las aguas del misterioso Turia, la de los cármes floridos, donde nacen, crecen y se agigantan los grandes caracteres y los genios, las virtudes sublimes y también los vicios; vicios y virtudes de propio impulso, esencia de la naturaleza y no del cálculo, fecundizadas en la tórrida región morisca donde se alza gallardo y soberbio el *Micalet*. El valenciano, al decir de Cantú, de Dumas, de D'Amicis, y cual también dijo Virgilio, es apasionado y noble; inteligente, desprendido y dadivoso. Sus excesos de grandeza y de bondad son ingénitos como también lo es su fiereza.

Besan y muerden, y en ello está pintada la sublimidad de la naturaleza, sin estudiosidad ni ficción.



OBELISCO DE LOS MÁRTIRES DE LA CONQUISTA. — En honor y memoria de la Patria, publicamos hoy una fotografía del referido obelisco, que fué inaugurado el 12 de Octubre de 1888 y el cual tiene una placa de hierro con esta inscripción:

1888

LOS VECINOS DE PALMIRA Y AGRACIADA

ELEVAN ESTE MONUMENTO

Á LA MEMORIA

DE JUAN DÍAZ DE SOLÍS, SEBASTIÁN GABOTO

Y JUAN ÁLVAREZ RAMÓN

RESPECTIVAMENTE DESCUBRIDORES

DE LOS RÍOS PLATA, PARANÁ Y URUGUAY.

DE 1516 A 1527



JUEZ MILITAR DE INSTRUCCIÓN. — Es el coronel don Juan M. Villar, actual Juez Militar de Instrucción de 1.^{er} turno, una entidad digna de respetos por su buena foja de servicios militares y por sus bellas condiciones personales.

Modesto y afable y de instrucción nada común, se ha sabido crear una posición envidiable entre los hombres íntegros y entre los militares ordenamistas y severos.

En lo que para nosotros merece más elogio es en su posición de magistrado, en la que ha conquistado verdadera aureola, por su independencia y sano criterio.

En nuestra condición de periodistas y por efecto de nuestro carácter peculiar de investigadores, hemos podido estimar de cerca las bellas condiciones que le atribuimos á nuestro biografiado referido.

Y aunque otros antes que el Juez de Instrucción, por su gerarquía superior merezcan ocupar lugar preferente de nuestra revista, no creemos que ello sea un derecho primo ante nuestra índole y carácter de hombres justicieros y de biógrafos independientes y severos.

Al azar elegimos un sujeto y si este nos resulta *persona grata*, por sus condiciones morales y sus méritos, desde ya lo exponemos en nuestra galería de notables, en la que poco á poco y uno á uno, desde el pequeño átomo hasta el gigante, iremos dando lugar y exponiendo á lo que sea notable en el concepto real y digno de encomio, en lo bello, estético ó de arte.

Ahora, he aquí en compendio las notas biográficas más salientes de nuestro biografiado:

Empezó el hoy coronel Villar su carrera militar el año 1870, cuando el general don Timoteo Aparicio, se levantó en armas contra los poderes constituídos, sirviendo en clase de tropa hasta el empleo de sargento 1.^o en el Detall de la Brigada de Infantería de GG. NN., cuyo jefe era el coronel don Fernando Torres, que á la sazón desempeñaba la cartera de Gobierno.

De ahí pasó como subteniente de Guardia Nacional al batallón « Defensores del Gobierno », en donde ascendió á teniente 2.^o, siendo incorporado al ejército de línea, con dicho empleo, el 24 de Febrero de 1872.

Ascendió á capitán, el 24 de Enero de 1881.

A sargento mayor graduado, el 5 de Agosto de 1882.

A sargento mayor efectivo, el 17 de Julio de 1883.

A teniente coronel, el 17 de Noviembre de 1886, y á coronel graduado, el 24 de Agosto de 1895.

Terminada la revolución llamada de « Aparicio » con la paz de Abril de 1872, se disolvió el Cuerpo en que prestaba sus servicios nuestro biografiado, y por disposición superior, pasó á continuarlos en el Ministerio de Guerra y Marina, en clase de oficial auxiliar.

A los pocos meses, el jefe del batallón 2.^o de cazadores, solicitó los servicios de este oficial en el batallón de su mando, y sirvió en este cuerpo hasta los sucesos de Enero de 1875, que dieron por tierra con el gobierno constitucional del presidente Ellauri.

Ha sido oficial 2.^o de la Jefatura de Soriano, jefe de serenios y comisario de San José, y subdelegado de policía del Rosario y Carmelo, inspector de policías de Montevideo, secretario de la comandancia de fronteras, al Sud del Río Negro, secretario de la inspección del arma de infantería, juez militar de instrucción, desde la instalación de los Tribunales Militares hasta el 1.^o de Agosto de 1898, en que fué nombrado jefe político del Salto, puesto que renunció



Estudio infantil

por causas que mucho le honran, el 9 de Noviembre del mismo año, para ocupar nuevamente el de Juez Militar de Instrucción de 1.^{er} Turno que actualmente desempeña.

Ha colaborado en varios diarios de esta capital y campaña, siendo cronista parlamentario de *La Es- paña*, cuando don Juan Fleches era su propietario, y formó parte del cuerpo de redactores de *El Ejército Uruguayo*.

Como inspector de policías de esta capital, escribió el folleto, titulado: *Reglamento é instrucciones para las clases subalternas del personal de Policía*, el cual sometió á la consideración de la Superioridad, que lo aprobó, mandando ponerle en vigencia y el cual rige en toda la República. Hizo también un proyecto de presupuesto para la Jefatura Política de esta capital, el cual fué sometido á estudio del Cuerpo Legislativo, por el Jefe Político Coronel don Julio Muró.

Formó parte, el 27 de Noviembre de 1870 de la guarnición de Montevideo, cuando atacaron esta plaza

las fuerzas del general Aparicio, que se habían posesionado de la Unión y de la fortaleza del Cerro, encontrándose también en los asaltos que el dicho caudillo intentó, infructuosamente, contra las plazas del Salto y Paysandú.

He aquí á grandes rasgos la silueta biográfica de un militar de honor, de un honrado ciudadano y probo magistrado.



EL HERVIDERO Y LA MESETA DE ARTIGAS.—« Recibe el nombre de *Hervidero* la parte del Uruguay en que á unas veinte leguas al Norte de Paysandú y á seis, al Sud del Salto, se estrecha de tal manera el río, entre una y otra orilla, que las aguas, no hallando paso bastante, se arremolinan y bullen sobre irregularidades y asperezas de piedra y tosca. Á esto debe su nombre el *Hervidero*. Frente al *Hervidero*, hacia el Oriente, se eleva una colina espaciosa que domina los alrededores, á tiro de cañón antiguo. En este silio tenía Artigas su residencia habitual y su campamento atrincherado y célebre. »

De ahí el nombre de Meseta de Artigas, que lo es la altiplanicie de la colina prenombrada.



ARROYO DEL CUARÓ. — PASO DE FARÍAS. — Esta preciosa vista cuya publicación debemos á la galantería de nuestro buen compañero, el notable pedagogo y geógrafo, don Orestes Araujo, autor del *Diccionario Geográfico del Uruguay*, y en que simultáneamente verán la luz en este y en nuestra revista, representa el famoso paso de Farías en el arroyo del Cuaró, que existe en el Departamento de Artigas.

Es verdaderamente bella la vista en cuestión, como pintoresco es el asunto que trata.



VISTA DEL CERRO. — Bonita perspectiva panorámica es la que diseña la vista que lleva por nombre este epígrafe.



FORTALEZA DEL CERRO. — Este grabado representa la vista, tomada de frente, de la antigua fortaleza del Cerro. Como posición defensiva y ofensiva, es archigrandiosa. Defiende la entrada de la rada de Montevideo y es centinela avanzado de la poética ciudad que está bajo su guarda.

¡Lástima que estén un tanto descuidados sus defensas y artillado!

Por lo demás, ver el Cerro de dentro ó fuera de la ciudad; del mar ó de la campaña, es ver al gigante

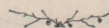
Monjuí, guardian y á las veces traidor de la independencia y libertades del Principado Catalán. Según época y según los hombres que guarece.



ESTUDIO INFANTIL. — Dos hermosas cabecitas de adorados niños, representa el fotograbado selecto que lleva este nombre. La modestia altiva de sus galanos padres nos impide dar sus nombres.



MUNDANAS



Que nos place



SE nos asegura que en breve se van á dar á luz dos revistas del género de EL URUGUAY ILUSTRADO.

Sinceramente nos alegramos, porque con ello se educará el gusto de nuestro público.

En cuanto á interés de empresa, también la noticia nos agrada; con el aumento de periódicos ilustrados nacionales, mataremos indudablemente el *drogaje* que nos viene del extranjero, con exhibiciones pornográficas.

Por lo demás, EL URUGUAY ILUSTRADO ya tiene vida propia; echó raíces, ¡y cómo no ha de echarlas si está regado de sudores y con lágrimas!

Teatralias

En breve tendremos en nuestro bello Solís una muy regular compañía de ópera, formada por los activos empresarios señores Crodara.

Se formará de elementos que actúan hoy en el teatro Nacional de Buenos Aires, reforzados con alguna primera parte contratada en Europa ó que hará del Pacífico. . . . Y no podemos decir más, por razones que también callamos y contentense los *amateurs* al *bell canto* con que tendremos, antes de un mes, ópera selecta en nuestro primer coliseo.

Igualmente, para el próximo Junio tendremos por aquí á la eximia Guerrero y su compañía notable.

Refranes hechos

He aquí la solución del último refrán gráfico, aparecido en el número 13: *No hay mal que por bien no venga.*